
REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

**LA PRIMERA CASA DE MONEDA QUE HUBO
EN AMÉRICA (*).**

A estarnos á lo que dice Antonio de Herrera, la primera moneda americana se labró en la Isla Española en 1505. Era de cobre ó latón, «con una señal», y debían llevarla colgada al cuello los indios en prueba de que habían pagado el tributo. (1)

Moneda es la palabra de que se vale el cronista de Indias, pero por las noticias que de ella quedan consignadas, no era, como se comprende, propiamente, una moneda. Acaso por el objeto á que estaba destinada y por los caracteres de su hechura podría calificarse mejor de ficha, ó cuando más de medalla.

Según era de esperarlo, luego que los españoles estuvieron ya de asiento en los primeros lugares en que desembarcaron y poblaron, comenzóse á hacer sentir la falta de un medio de cambio para sus tratos entre ellos mismos y aún con los indígenas.

El gobernador don Frey Nicolás de Ovando hízole presente esa necesidad al monarca, quien comprendiendo que era indispensable proveer á los vecinos de la Española de la moneda de que carecían, dió orden, en 1505, para que en la Casa de Moneda de Sevilla se labrase «moneda de plata de vellón», á cuyo intento se compraron en «tostones», de varios mercaderes genoveses de aquella

(*) Fragmentos de un libro inédito sobre *Las monedas coloniales hispano-americanas*.

(1) *Décadas de Indias*, década I, libro II, cap. XVII.



Qué es el Folk-lore y para qué sirve

La palabra *folk-lore* es de origen sajón, y está compuesta de *folk*, gente, pueblo, y *lore*, saber, enseñanza; por lo que *folk-lore* se traduce ordinariamente por «el saber del pueblo», «la ciencia popular». Los alemanes tienen la palabra *volk-lehre*, análoga á la inglesa por su formación y significado.

Según G. L. Gomme, la palabra *folk-lore* fué usada por primera vez en el sentido dicho, el 22 de Agosto de 1846, en el periódico *The Athenaeum*, en un artículo subscripto por Ambrosio Merton, seudónimo de Guillermo J. Thoms. Años más tarde, en la revista *Notes and Queries*, se propuso la formación de la primera sociedad de *Folk-lore*, que se estableció en Londres en 1878 con el nombre de *Folk-lore Society*, y cuyo objeto era, como lo dice textualmente el artículo 1.º de sus estatutos, «la conservación y publicación de las tradiciones populares, baladas legendarias, proverbios locales, dichos, supersticiones y antiguas costumbres (inglesas y extranjeras), y demás materiales concernientes á esto» (1).

(1). I. «The Folk-lore Society» has for its objects the preservation and publication of Popular Traditions, Legendary Ballads, Local Proverbial, Sayings, Superstitions and Old Customs (British and foreing), and all subjects relating to them.

Esta sociedad sirvió de modelo á otras que se organizaron en distintos países de Europa y en los Estados Unidos, dando así principio la labor colectiva de explorar la tradición.

He dicho labor colectiva, porque la labor individual había comenzado mucho antes. En todos los tiempos ha habido espíritus selectos, capaces de comprender la importancia que tienen estas investigaciones, y buena muestra son de ello las obras de los escritores clásicos de la antigüedad pagana, en cuyas páginas, animadas por un soplo de eterna juventud, sigue yendo á buscar la ciencia moderna la corroboración histórica de sus más audaces teorías.

Esta labor individual fué, en ocasiones, mucho más lejos aún. Nadie podrá negar que Rodrigo Caro, el inmortal autor de *Las ruinas de Itálica*, tuvo ya en el siglo XVII la intuición exacta y consciente del valor de estos estudios, al emplear largos años de su vida en la composición de sus *Días geniales ó lúdricos*, obra en que rastreó los orígenes griegos y romanos de gran número de los juegos españoles de su tiempo, muchos de los cuales subsisten todavía y son populares entre nosotros.

Sin embargo, estas manifestaciones aisladas no contradicen lo que he dicho antes, respecto á que el *Folk-lore* es una ciencia nueva, de aplicación enteramente moderna.

El *Folk-lore* estudia al pueblo en lo que tiene de más íntimo: en su propia obra. Recoge su pensamiento en la forma especial y armónica en que lo emite, sin disfraces ni eufemismos, porque todo lo que el pueblo piensa, siente y cree lo encierra en fórmulas breves de admirable precisión. Pretender conocer á un pueblo por lo que se le

ve ejecutar bajo la doble presión de la fuerza y de la necesidad, es una utopía. Hay que estudiarlo en su vida íntima, en sus momentos de sinceridad absoluta.

El pueblo es naturalmente escéptico: su fe religiosa está limitada por la superstición; su fe científica, por el empirismo; su fe económica, por la desconfianza:

El chuncho canta,
el indio muere;
no será cierto,
pero sucede.

Dicen que el mundo es redondo
y que se mueve á compás:
la casa en que yo nací
está'onde mismo no más.

Ayer se me perdió un freno
en la casa 'e ño Meneses:
todos son hombres honrados,
pero el freno no parece.

Tampoco cree mucho en la justicia: en la divina, porque

el pobre paga las velas
y el milagro es para el rico;

y en la humana, porque

como campanas de palo
son las razones del pobre.

Sabe bien que aun el valor intrínseco de las cosas es relativo:

Mis espuelas son de plata,
las de mi patrón de fierro,
á él le pasan veinte reales
y á mí ocho reales y medio.

Esto es parte de la filosofía popular. A través de su escepticismo irónico, sano, jovial, el pueblo nos descubre su alma, nos revela su pensamiento, diciéndonos á veces cosas muy hondas, en forma que sorprende por su novedad. ¿Importa el conocimiento de esta filosofía al sociólogo, que estudia la colectividad desde el punto de vista de su existencia necesaria, de su estructura y de su funcionamiento, y al historiador que la estudia á su vez en los hechos que ha realizado, en la manera cómo ha vivido y en su desarrollo al través de los tiempos?... Es indudable que sí. Pues entonces, no cabe á estas ciencias prescindir del *Folk-lore*, que tan útiles elementos puede aportar.

Y en el terreno de la literatura y de la poesía ¿quién ignora que Cervantes, Shakespeare, Lope recogieron en el pueblo la simiente de sus obras inmortales?

Las ideas diseminadas en el pueblo reconocen dos orígenes: ó son autóctonas, nacidas en el pueblo mismo, en correspondencia con el grado de civilización que alcanza, ó adquiridas por contacto ó influencia oral ó escrita. El *Folk-lore* comparado nos enseñará á distinguir unas de otras. Hay muchas ideas que son comunes á todos los pueblos en ciertos períodos de su evolución histórica; muchas, que son propias de todos los hombres en ciertos estados de ánimo; pero las hay, y en gran número, que

tienen distinta procedencia, que son de importación directa ó indirecta, y que andan por ahí, asimiladas enteramente algunas veces en su forma original, desfiguradas por rasgos de adaptación, otras. Para que sea posible, en los casos oscuros, diferenciarlas, es necesario acudir á los detalles, y para que los detalles no se pierdan, es indispensable respetar la forma en que esas ideas se emiten, que es lo que hace el folklorista.

El *Folk-lore* circunscribe su acción á un pueblo, ó á un grupo de pueblos afines entre sí, estudiando todas las manifestaciones de la vida colectiva. El individuo no le interesa sino como parte de esa colectividad. En este sentido, el *Folk-lore* es una ciencia auxiliar de la etnología, que estudia todos los pueblos, ó, para mejor decirlo, todas las razas humanas que pueblan nuestro planeta.

Los orígenes de la civilización de un pueblo son siempre heterogéneos, por más homogénea que parezca su composición actual: Chile es buena prueba de esto. La historia de la cultura de un país tiene, pues, que desenrañar lo que ese pueblo debe á las razas aborígenes, y lo que ha recibido de las razas conquistadoras y colonizadoras. ¿Cómo averiguarlo? Investigando en el pueblo mismo, ahora, cuando es relativamente fácil distinguir los elementos étnicos, porque la fusión completa no se ha realizado todavía. Es imprudente confiar demasiado en la vitalidad poderosa de esos gérmenes, que más tarde ó más temprano desaparecerán, absorbidos y transformados, sin dejar huella alguna de su paso. La prosperidad actual del país—hablo de Chile—favorece esta evolución: su riqueza provoca diariamente nuevos contactos, que son otros tantos elementos de renovación de nuestra vida síquica y de nuestro organismo material.

Bien sé yo que á los hombres graves de mi tierra parecerá ridículo querer levantar este soberbio monumento á nuestra cultura, con materiales tan deleznales, á sus ojos, como los que maneja de ordinario el folklorista. De un cuento, de una copla, de una superstición, ¿qué puede sacarse?... A lo sumo, algún chiste picante para reir un rato. ¿Qué crédito podrá tener lo que digan, caso de decir algo, si no está consignado á la vez en los Archivos de la Real Audiencia ni en los Protocolos de los Notarios?

Sin embargo, un centenar de cuentos, recogidos de labios campesinos, bastó á Jacobo Grimm para formular sus más originales teorías sobre la antigua religión de los pueblos germánicos; con elementos parecidos trabajó Max-Müller su interesantísimo estudio sobre la emigración de la fábula; en igual fuente ha recogido De Gubernatis los materiales para su colosal obra de mitólogo, cuyo mérito obscurecen, pero no anulan, las obsecaciones del autor. Una pequeña colección de *Cantes Flamencos* formada por Manuel Machado y Álvarez, dió ocasión al profesor austriaco Hugo Schuchardt para estudiar la fonética andaluza. Joaquín Costa, honra insigne de la España contemporánea, no fué conocido en Europa hasta que publicó su *Introducción á un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península*. Eduardo de Hinojosa ha rastreado los orígenes del derecho español en el Poema del Cid. Rafael Salillas, para estudiar al delincuente de su país, ha puesto á contribución los romances de jaques y valentones de la literatura vulgar.

Los nombres, de todos conocidos, de Adolfo Bastian, Teófilo Braga, Miguel Bréal, César Cantú, Guillermo Gladstone, Carlos Letourneau, César Lombroso, Pablo

Mantegazza, Julio Massenet, Federico Mistral, Gastón París, Juan Richepin, Eduardo Tylor, famosos en la ciencia, en la política y en el arte, son también caros al *Folk-lore*, que les debe hermosos trabajos de investigación propia. Y he preferido citar estos nombres, menos representativos, tratándose del *Folk-lore*, que los de Alejandro de Ancona, Emmanuel Cosquin, J. Leite de Vasconcellos, Salomón Marino, el conde Nigra, José Pitré, el conde de Puymaigre, Francisco Rodríguez Marín, Pablo Sebillot, etc., porque aquéllos son ya populares por diversos motivos, y la fama de estos últimos, con ser grande, es más particular, y no ha trascendido todavía á nuestro gran público.

Como este artículo no tiene otro objeto que satisfacer de algún modo las preguntas que se han hecho al Director de esta REVISTA, por varias personas que estimaban cosa peregrina el que se insertara un cuento popular en una revista de historia y geografía, le daré remate citando algunas publicaciones periódicas de diversa índole, que han estimado oportuno consagrar una de sus secciones á los estudios de *Folk-lore*, absteniéndome de nombrar las revistas especiales que, colectiva o particularmente, editan los folkloristas de todo el mundo. Me limitaré á dar el título de una ó dos de cada país:—Francia: *Revue Archéologique*, *Romania*; Bélgica: *Langues et Dialectes*; Italia: *Pagine Friulani*; España: *Bulleti del Centre Excursioniste de Catalunya*; Portugal: *Revista Lusitana*; Grecia: *Hestia*; Rumania: *Sezatoarea*; Inglaterra: *Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, *Notes and Queries*; Suecia: *De Svenska Landsmalem*; Dinamarca: *Dania*; Holanda: *Internationales Archiv für Ethnographie*; Alemania: *Germania*, *Globus*; Austria: *Bosanska Vila*; Rusia: *Wisla*,

Estados Unidos: *The American Anthropologist*; Argentina: *Revista de Derecho, Historia y Letras*; Chile: *Anales de la Universidad, Revista Chilena de Historia y Geografía*.

Tranquilícense, pues, los lectores serios de esta *Revista*, que las golondrinas no quitan espacio á los cóndores; pero no olviden tampoco que sin el deleznable hilo de Ariadna, el vigoroso Teseo, vencedor del Minotauro, no habría podido salir del Laberinto.

JULIO VICUÑA CEFUENTES.

